

“ESTE A LOS PECADORES RECIBE”

Objetivo: Aprender que Dios como Padre siempre está dispuesto a recibir a sus hijos que se apartan del pecado.

LA PARABOLA DE LA OVEJA PERDIDA



“Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este a los pecadores recibe, y con ellos come. “Entonces él les refirió esta parábola, diciendo: ¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso; y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles:

Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido. Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento” (Lucas 15:1-7). (Pasaje paralelo: Mateo 18:12-14).

LA PARABOLA DE LA MONEDA PERDIDA



“¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende la lámpara, y barre la casa, y busca con diligencia hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, diciendo: Gozaos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido. Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente”

(Lucas 15:8-10).

LA PARABOLA DEL HIJO PRODIGO

“También dijo: Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde; y les repartió los bienes. No muchos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fue lejos a una provincia apartada; y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente. Y cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle. Y fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le envió a su hacienda para que apacentase cerdos. Y deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba. Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo;

hazme como a uno de tus jornaleros. Y levantándose, vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó. Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo. Pero el padre dijo a sus siervos: Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse. Y su hijo mayor estaba en el campo, y cuando vino, y llegó cerca de la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Elle dijo: Tu hermano ha venido; y tu padre ha hecho matar el becerro gordo, por haberle recibido bueno y sano. Entonces se enojó, y no quería entrar. Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrase. Mas él, respondiendo, dijo al padre: He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos. Pero cuando vino este tu hijo, que ha consumido tus bienes con ramerías, has hecho matar para él el becerro gordo. El entonces le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas. Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado” (Lucas 15:11-32).

El capítulo 15 de Lucas tal vez es el capítulo más apreciado de toda la Biblia. Ciertamente ningún capítulo es más tierno ni más hermoso. A través de los siglos ha sido llamado “el Evangelio dentro de los Evangelios;” y la narración del hijo pródigo, que perdió todo, ha sido conocida como “la perla de las parábolas.”

Este capítulo maravilloso tuvo por audiencia original a los escribas y a los indignados fariseos. Ellos mismos no estaban interesados en el reino, sin embargo se enojaban cuando veían a Jesús dar la bienvenida a los proscritos y a las ovejas negras de la sociedad judía. Su antagonismo se convirtió en amargo criticismo; y se mofaban diciendo: “Este recibe a los pecadores y come con ellos.” ¿Y qué dice Jesús en su defensa? No responde con una protesta airada. Más bien concede la verdad absoluta de la acusación, y a base de ella presenta una lección conmovedora en parábolas. Las parábolas son tres, y una incluye en su narración otra parábola. Aunque son tres parábolas, presentan un solo dibujo; y se leen como un ensayo continuado en el tema de la compasión de Dios para con los perdidos.

LA OVEJA Y LA MONEDA

El primer dibujo que Jesús esboza es el de un pastor y sus ovejas. La oveja palestina era entonces y es hoy la llamada oveja “de cola ancha.” Las colas de estas ovejas son excesivamente grandes y pesan de 10 a 15 libras cada una. Estas ovejas siempre han sido valiosas para sus dueños. A

muchos judíos de los tiempos antiguos, las ovejas representaban su riqueza principal y eran su único medio de vida. Las ovejas proveían comida (1^a Samuel 14:32), leche (Isaías 7:21,22), lana para hacer tela (Job 31:20), y carne para ofrecer numerosos sacrificios (Éxodo 12:5,6; 20:24; Levítico 1:10). Porque por naturaleza las ovejas eran caprichosas y sin defensa, era necesario que tuvieran un supervisor constante. En ambos, el Antiguo y el Nuevo Testamento, la relación íntima entre Dios y su gente es proyectada por la figura atrayente del pastor y sus ovejas (Salmo 100:3; 23:1; Isaías 40:11; Mateo 9:36). Entonces al leer del pastor altruista que salió en busca, por las colinas, de una sola oveja, debemos recordar que Jesucristo mismo es el Buen Pastor que estaba dispuesto a morir por sus ovejas (Juan 10:1-18).

El segundo cuadro es el de una mujer que perdió una moneda. La moneda señalada por Lucas era un dracma griego, que casi equivalía al denario romano. Era una moneda de plata, y aunque valdría para nosotros solamente unos veinte centavos de dólar, era el pago común de un día entero de trabajo. Algunos eruditos han sugerido que en este caso la moneda tenía un valor especial para la mujer porque formaba un ornamento para su cabeza. Era la costumbre que las mujeres judías ahorraran unas 10 monedas para enhebrarlas y hacer un collar o una decoración para el pelo. El ornamento llegó a ser una posesión apreciada, usado como señal de la mujer casada, muy parecido al anillo de matrimonio que es empleado hoy en día. De todos modos, si era parte de sus joyas preciosas, o simplemente algo de valor monetario, la moneda resultaba de valor inestimable para la mujer. Eso es evidente por su búsqueda tenaz. Tan pronto como notó que se había perdido, encendió su lámpara y comenzó a barrer. Una lámpara era necesaria para la búsqueda aun de día, porque en ese entonces las casas usualmente se construían sin ventanas y con sólo una puerta. En la casa no había pisos de madera o piedra, solamente de tierra pisada cubierta de carrizos o caña. Con un piso de éstos había muchos lugares en dónde podía meterse la moneda. Todo esto hacía la búsqueda una experiencia difícil y molesta; y ayuda a explicar el gozo que sintió la mujer al encontrar la pieza de plata que se había perdido.

EL HIJO PERDIDO

El tercer cuadro que da Jesús es el de un hijo. Bajo la ley judía los términos por los cuales un hombre repartía sus bienes eran muy específicos. La ley expresaba claramente que el hijo primogénito tenía que recibir una doble porción de la propiedad de su padre (Deuteronomio 21:17). Esto significaba, en este caso, que dos tercios de la propiedad pertenecían al hijo mayor y que un tercio pertenecía al hijo menor. A menudo un padre se deshacía de sus posesiones antes de morir. A la vez invocaba bendiciones para sus hijos, y esas bendiciones se consideraban irrevocables. En la parábola, el menor fue a su padre y demandó la parte

de la herencia que le tocaba. La quería de inmediato. No podía esperar. Luego, después de gastar toda su fortuna en un país lejano, tuvo que ir al campo a cuidar cerdos. Como los cerdos eran animales inmundos (Levítico 11:17), para un judío éste era el trabajo más degradante e injurioso en existencia. Las algarrobas que el joven ansiaba comer, eran las vainas del algarrobo, un árbol todavía muy común en Palestina y países aledaños. Cuando el joven decidió volver a su casa, intentó pedir a su padre que le tratara como a un siervo a sueldo. La palabra empleada aquí es (misthios), que significaba “hombre alquilado”, o “labrador regular”. Un labrador alquilado trabajaba un día por una sola vez. No tenía garantía de trabajo y vivía al borde del hambre. Entonces el contraste deliberado en esta parábola es que el joven salió de la casa como príncipe y volvió para ser labrador regular.

LOS HOMBRES PERDIDOS

Es bueno que tratemos de explorar estas parábolas de manera más completa. ¿Qué significan? ¿Cuáles lecciones intentó Jesús enseñar? En estas parábolas Jesús enseñó que los hombres están perdidos. Es interesante notar que Jesús pocas veces llamó a los hombres “pecadores.” Más bien se refirió a ellos como los que están “perdidos” (Mateo 10:6; 15:24; 18:11). No era que los contaba como miserables o proscriptos que estaban en rebelión contra su Creador. Simplemente era que los hombres estaban descarriados y desilusionados y necesitaban ser puestos otra vez en el camino correcto.

Hay distintas maneras por las cuales los hombres se pierden:

1. A veces un hombre se pierde como una oveja se pierde. Una oveja es un animal descuidado y necio. Vaga por acá y por allá. Es lista para meterse en cualquier lugar donde haya un portillo. Se extravía en las colinas distantes y no conoce el camino a su casa. No sabe que está perdida. Multitud de personas son parecidas. No se sublevan contra Dios. Tampoco están en contra de su iglesia. Se alejan de El pisada por pisada. Ponen a un lado sus biblias, cierran su aposento, y dejan de asistir a los cultos de la iglesia. Se deslizan con la marea del mundo y se entumescen espiritualmente. Por eso el autor de la Carta a los Hebreos amonesta: “Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos”

(Hebreos 2:1). Como ovejas desobedientes, muchos hombres van a la deriva de Cristo.

2. De vez en cuando un hombre se pierde como se perdió la moneda. La moneda no se perdió por su propia cuenta, sino por culpa de otro. La mujer, descuidadamente, la dejó escurrir por sus dedos. Hay una diferencia, por supuesto, entre la moneda y la gente.

La moneda, en ningún sentido, fue responsable de haberse perdido. Pero, con los hombres, siempre existe la responsabilidad de escoger al que gobierne su destino. Por lo tanto la moneda se perdió de una forma que el hombre jamás podrá igualar. Sin embargo, es verdad que muchas vidas terminan hundidas, mayormente no por sus propios errores, sino por los errores de otros.

3. A veces un hombre se pierde como se perdió el hijo menor. El hijo no se perdió por su propio descuido ni por el descuido de otros. Hizo su jornada al país lejano con un propósito fijo y bien pensado. Dejó la casa atrás sin pensar en nadie más que en sí mismo. Ni una vez consideró los sentimientos de su padre. Aunque no salió con la intención de herir a su padre, aun estaba dispuesto a romper su corazón por conseguir sus deseos. La obstinación es la raíz del pecado, y es la ruina de muchas almas. Deliberadamente, con los ojos abiertos, muchas personas abandonan la iglesia y se van a la tierra del olvido de Dios. Acaban con toda restricción y violan cuanto ley quieran; comerán y beberán y se regocijarán, pese a quien pese. Esta es la esencia del pecado. Desear agradar a su propio ser, a pesar de los sentimientos de otros; perseverar en la voluntad de uno mismo, en vez de la voluntad de Dios. Este es el corazón del pecado y el pecado de pecados. De todos los caracteres de la literatura, el hijo menor encabeza la lista de aquellos que hacen de la gratificación personal la regla de su vida.

LA ACTITUD DE DIOS PARA CON LOS PERDIDOS

Pero el énfasis principal de estas parábolas no es simplemente que los hombres se pierden. Una lección aún más importante sale a la luz: la actitud de Dios para con los hombres perdidos. La actitud de Dios para con los que están en pecado es la misma actitud que tuvo Jesús. Jesús recibió a los pecadores, y eso era lo que no podían entender los judíos. Creían que Dios era misericordioso con los justos, pero estaban seguros de que no tenía nada que ver con los pecadores. La mayor lección de estas parábolas, no obstante, es que Dios quiere más que nada que los pecadores se acerquen a El. Esto se demuestra por:

1. La búsqueda. La actitud de Dios para con los perdidos es vista en la búsqueda diligente del pastor y de la mujer. Una cosa es aceptar a los pecadores; otra, ir en busca de ellos. Una mujer deja caer una moneda. Prende una lámpara y barre la casa; no descansará hasta encontrarla. Dios es semejante en su búsqueda de los hombres. Un pastor pierde una oveja de su manada. ¿Qué debe hacer? Deja a las noventa y nueve que están seguras y va en busca de aquélla. Dios es parecido a ese pastor. Quiere a los hombres; y cuando uno se pierde, va en busca de él. No le arrea ni alquila a alguien para llevarlo, sino

que como el pastor, lo pone en sus propios hombros y lo lleva de nuevo a casa. Sean viles o malvados, todavía Dios los quiere.

2. El gozo. La actitud de Dios para con los perdidos se ve en su gozo. Es un punto básico en estas parábolas que el pastor, la mujer, y el padre se llenaron de gozo desbordante al recibir otra vez lo que se había perdido. Los fariseos tenían un dicho: "Hay gozo delante de Dios cuando los que lo provocan perecen en el mundo."¹ Pero Jesús dijo que había gozo en el cielo delante de los ángeles de Dios cuando un pecador se arrepiente. Dios es benigno. Es más comprensivo que los hombres. No despide a los cobradores de impuestos como si fueran sin valor. Siente en lo profundo de su corazón el gozo de gozos cuando un peregrino vuelve a la casa.

PERDIDOS MAS SALVOS

En la parábola del pródigo, Jesús nos cuenta de un joven que embargó su propia vida pero que fue recuperada. La senda cuesta abajo del chico comienza cuando va a su padre por su herencia. Siente que ha sido el bebé de la familia desde hace mucho tiempo, y que ya es hora de salir a buscar lo suyo. El padre no le trata de disuadir. Las ansiedades que brotaron de su corazón, las dejó sin expresar. Simplemente dejó salir a su hijo. Y el joven salió casi sin demorar. Escapó para ver el mundo; sería su propio maestro; se agradaría a sí mismo aunque fuera una afrenta a su padre misericordioso.

1. Lo que perdió. Pero las consecuencias de ser egocéntrico siempre son amargas. El hijo aprendió por la experiencia desastrosa lo que millones han tenido que aprender: el pecado lleva en sí sus propias penalidades.

¿Qué perdió este joven al irse a un país lejano? Primero, perdió el compañerismo con su padre y la comodidad de su hogar. Había vivido en una casa de las mejores, con los mejores siervos para hacerle todo, y bajo la dirección del mejor padre que puede tener un joven. Pero todas estas cosas no significaban nada para él hasta que estuvo en una tierra desconocida y solo. A más de mil kilómetros de distancia de su hogar, soñaba con los amigos de su juventud, y con su buen padre. En un país lejano, estas cosas le eran preciosas, pero inalcanzables.

Segundo, perdió el respeto para sí mismo. ¡Qué paradoja que el joven que salió de la casa lleno de confianza y dueño de sí mismo se viera forzado ir a los campos a dar de comer a los cerdos! El chico que hizo a un lado a su familia, por su orgullo, termina en dormir con los cerdos. ¡Qué distinto parece ahora en el campo con los cerdos de lo que era en aquella fresca mañana cuando salió de su casa como un príncipe que encabeza

una caravana. Su orgullo se hace pedazos en el polvo del camino de los cerdos. Resulta desconocido, desatendido e indeseado en el lejano país.

Tercero, perdió todo lo que tenía. La narración dice que gastó todo. La herencia que había recibido con tanta facilidad, la malgastó con facilidad. Cuando se había acabado su fortuna y estaba en bancarrota, vino la calamidad. “Vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle.” Siempre hay, por supuesto, hambre en la tierra que se olvida de Dios. Se encuentra solito, porque sus amigos lo han abandonado. Ahora ve que no eran amigos verdaderos. Ni sus placeres eran placeres verdaderos.

No duraron.

Los placeres, como recién abierta amapola.

En cuanto la cortan, pierde su corola.

O como las nieves en los ríos,

Tan blancas un momento—y tan pronto para siempre derretidas.

¿Qué hará el pródigo? ¿Se irá a la casa? No, él no; aguantará hasta el fin. Se emplea bajo un patrono extranjero. El patrono lo manda a los campos; ahora ha perdido aun su libertad. En realidad ha perdido su independencia, su orgullo, su fortuna—todo lo que apreciaba tanto y que por obtenerlo salió de la casa—. A solas con los cerdos, solloza y confiesa: “Yo aquí perezco de hambre!”

2. Cómo se salvó. Pero este joven vuelve en sí. ¿Cuáles eran las primeras pisadas en la ardua jornada que lo llevaron de nuevo a su padre? Primero, la autoevaluación. “Y volviendo en sí”, dijo: “Qué necio he sido. En mi casa hay abundancia de comida. Hasta los siervos tienen más qué comer de lo que tengo yo aquí.” Estaba loco cuando dejó a su padre. Ahora se ve a sí mismo por primera vez. Es un gran momento cuando un hombre vuelve en sí. Es el punto inicial del regreso de un hombre a Dios.

Segundo, la decisión. Habiéndose enfrentado a sí mismo, el joven tomó una decisión. Dijo: “Me levantaré e iré a mi padre.” Fue un gran momento. Fue una decisión que por muchos días había anidado en su mente. Pero ahora que se ve claramente a sí, ve a su padre de otra forma. Cuando nos vemos como somos, nuestro inventario personal debe guiarnos a una decisión de carácter.

Tercero, la acción. Dijo: “Me levantaré” —y se levantó—. No demoró. No vaciló entre el decir y el hacer. No quiso virarse o ser tentado a considerarse de nuevo. Muchos, hoy en día, no están en el cuerpo de Cristo porque han claudicado entre el decir y el hacer.

Cuarto, la confesión. Al llegar el joven a una decisión, meditó en su confesión. Iba a hablar francamente, sin excusas ni chapurreo. Hablaría la verdad entera. “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros.” Abrumado por no ser digno, sólo quiere que le trate como a un pequeño jornalero. Reconoce que sus pecados, tan penosos que eran, fueron cometidos en contra del cielo y de su padre. Nosotros también, al pecar, debemos decir como David: “Contra ti, contra ti solo he pecado” (Salmo 51:4).

Pero la confesión del hijo penitente y humilde se interrumpió por el abrazo de su amante padre. Qué jornada más penosa era volver a casa desvalido, descalzo, cubierto de andrajos y vergüenza. Al cruzar por la vuelta en el camino, su padre lo reconoció. Había estado buscándole durante todos los años de tristeza. Corrió al encuentro. ¿Por qué no mantuvo su dignidad esperando que su hijo llegara a él? ¡No pudo! Corrió hacia él y cayó en su cuello y lo besó. “Espere un momento, padre” profirió el hijo. “Yo he pecado contra el cielo, he pecado contra ti...” Pero el amor está tan ansioso de recibirlo que no busca explicaciones. El padre hace señas a los siervos: “Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado.”

SALVO MAS PERDIDO

Hay otra figura en la narración. El otro hijo está trabajando en el campo. ¿Qué clase de persona era ésta? Puede ser que a veces le tratemos de una manera muy dura.

1. Era santurrón. No encontraba nada de bueno en la vida de su hermano. Todo lo que había hecho su hermano era malo. En cuanto a sí mismo, estaba orgulloso de su trabajo y orgulloso de su vida. Había trabajado todos estos años sin violar ni un solo mandamiento. Era muy parecido a los fariseos que criticaban a Jesús porque recibía a los pecadores.
2. Era celoso. No entró a saludar a su hermano, sino que quedó disgustado fuera de la casa. Su padre salió a rogarle que entrara. ¿Y qué es lo que dice? “He aquí, nunca me diste ni un becerro, pero ve lo que le das a él.” Por supuesto, estaba bien equivocado. No sólo un becerro, sino todo lo que tenía su padre pertenecía a él.
3. No tenía corazón. No se alegró de que su hermano hubiera regresado a casa. Hubiera preferido que su hermano hubiera sido azotado en vez de festejado. Su perspectiva entera era desdén y

desprecio. No podía comprender que si su padre había ganado a un hijo, él había ganado un hermano.

No tratamos al hermano mayor de una manera más rigurosa de lo que hace la narración. Ciertamente ninguna persona de la Biblia es más desgraciada que él. La lección de la parábola es severa. No es necesario que uno haga una larga jornada para dejar a Dios. Uno puede quedarse en casa —no conociendo a su Padre e ignorando su corazón— y estar perdido en casa igual que en cualquier otra parte. Como Agustín oró hace mucho tiempo: “No es por nuestros pies, o por un cambio de lugar, que los hombres te dejan...en las afecciones lujuriosas y obscurecidas está la distancia verdadera de tu cara.” 2

DIOS NOS ECHA DE MENOS, A TODOS Y A CADA UNO

Las tres parábolas se unen para enseñar que a Dios le hace falta aun uno que se pierda. Esto es cierto porque Dios es un Padre, y un padre no puede descansar hasta que todos sus hijos estén seguros. Un padre de 20 hijos está triste aun si uno solo falta. Así Dios, como Padre, no puede pasar sin aun uno. Cada uno le hace falta. Está ansioso de su regreso. Hay mucha esperanza si el arrepentimiento de uno, como el del hijo pródigo, es tan genuino como su caída. ¡Qué vista más bella cuando un pródigo vuelve al corazón y casa de su Padre!

NOTAS

- 1- “Alfred Plummer, A Critical and Exegetical Commentary on the Gospel According to St. Luke (International Critical Commentary series; New York; Charles Scribner’s Sons, n.d.) p. 371.
- 2- Agustín, Confessions 1. 28.

PREGUNTAS

1. ¿Cuál es el ambiente de estas parábolas? ¿De qué manera es la ocasión una ayuda para entenderlas?
2. Decir lo que sepa de los términos siguientes que son significativos en las parábolas: (1) ovejas, (2) dracmas, (3) hijo mayor, hijo menor, (4) misthios.
3. Las parábolas enseñan algo de cómo se pierden los hombres. ¿Cuáles son algunas de las maneras indicadas en las parábolas?
4. ¿Qué puntos en las parábolas demuestran la actitud de Dios para con los perdidos?
5. ¿Qué perdió el joven al salir de la casa? ¿Cuáles fueron los pasos que le hicieron volver a su padre?
6. Discutir las lecciones que sacamos del hijo mayor.